

de tres siglos y medio, que van corridos desde fines del XV, en que la imprenta empezó á publicar las obras de Horacio, pasan de mil las ediciones que de ellas se han hecho. Entre estas hay muchas con traducciones en todas las lenguas de Europa, y con comentarios mas ó menos estimables; hay ademas una poliglota, en que al lado del texto latino se halla la traduccion francesa de Montfalcon; la mia castellana publicada desde 1820 á 23; la italiana de Gargallo, la inglesa de Francis, y la alemana de Wieland y de Voss. Fuera de la Biblia, no hubo ciertamente obra antigua que recibiese, ni verosimilmente la habrá moderna, que llegue á recibir testimonios mas irrecusables de entusiasmo y de admiracion.

## QUINTI HORATHI FLACCI

LYRICORUM CARMINUM

LIBER PRIMUS.

ODAS DE HORACIO.

LIBRO PRIMERO.

---

---

LIBER PRIMUS.

ODE I.

AD MÆCENATEM.

Mæcenas, atavis edite regibus,  
O et præsidium, et dulce decus meum:  
Sunt quos curriculo pulverem Olympicum  
Collegisse juvat; metaque fervidis  
Evitata rotis, palmaque nobilis, 5  
Terrarum dominos evehit ad Deos:

LIBRO PRIMERO

Hunc, si mobilium turba Quiritium  
Certat tergeminis tollere honoribus;  
Illum, si proprio condidit horreo  
Quidquid de Libycis verretur areis. 10  
Gaudentem patrios findere sarculo  
Agros, Attalicis conditionibus  
Numquam dimoveas, ut trabe Cipriâ  
Myrtoum, pavidus nauta, secet mare.

---

---

LIBRO PRIMERO.

ODA I.

A MECENAS.

Mecenas, de elevada  
Alcurnia descendiente,  
Mi dulce gloria y protector potente:  
A uno coger agrada  
El polvo Olimpio en disparado carro;  
Y si diestro y bizarro  
La meta evita que el palenque cierra,  
Y orla su sien la palma de victoria,  
Elévale la gloria  
A los dioses señores de la tierra.  
A esotro lisonjea  
Que a porfia le eleve  
De puesto en puesto veleidosa plebe.  
Otro ansioso desea  
Cuanto en las eras de Africa se coge  
Guardar en su ancha troje.  
A quien se goza en cultivar su hacienda,  
No harán tesoros de Atalo opulento  
Que al liquido elemento,  
Medroso navegante, el seno hienda.

Luctantem Icariis fluctibus Africum 15  
 Mercator metuens, otium et oppidi  
 Laudat rura sui; mox reficit rates  
 Quassas, indocilis pauperiem pati.  
 Est qui nec veteris pocula Massici,  
 Nec partem solido demere de die 20  
 Spernit; nunc viridi membra sub arbuto  
 Stratus, nunc ad aquæ lene caput sacræ.

Multos castra juvant, et lituo tubæ  
 Permistus sonitus, bellaque matribus  
 Detestata. Manet sub Jove frigido 25  
 Venator, teneræ conjugis immemor,  
 Seu visa est catulis cerva fidelibus,  
 Seu rupit teretes Marsus aper plagas.

Te doctarum ederæ præmia frontium  
 Dis miscent superis: me gelidum nemus, 30  
 Nympharumque leves cum Satyris chori  
 Secernunt populo; si neque tibus  
 Euterpe cohibet, nec Polyhymnia  
 Lesboum refugit tendere barbiton.  
 Quòd si me lyricis vatibus inseres, 35  
 Sublimi feriam sidera vertice.

Mientras austro mugiente  
 Agita la onda brava,  
 La paz del campo el mercader alaba;  
 Pero pronto impaciente,  
 Dura pobreza toferar no sabe,  
 Y repara su nave.  
 Parte del dia roba otro al cuidado,  
 Y de Másico añejo el vaso apura,  
 Ya cabe fuente pura,  
 Ya só el verde madroño recostado.  
 El clarin de Mavorte  
 A otro y la trompa agrada,  
 Y la lid de las madres detestada:  
 De la tierna consorte  
 Otro olvidado, de la noche fria  
 La escarcha desafia,  
 Si el jabali en la trampa se resbala,  
 O al ciervo el can en la maleza siente.  
 Premio de docta frente  
 La yedra á tí á los númenes te iguala.  
 Y yo, si la liviana  
 Flauta Euterpe me entrega,  
 Y la dulce Polimnia no me niega  
 La cítara lesbiana,  
 Me alejaré tambien del vulgar bando,  
 De Sátiros cantando  
 Bailes alegres y de Ninfas bellas,  
 Y de los bosques las amenas sombras.  
 Si lirico me nombras,  
 Tocaré con mi frente á las estrellas.

## NOTAS.

Coleccion de poesías líricas, ó de odas (*Lyricorum carminum, seu Odarum libri*) intitularon los editores de Horacio la parte de sus composiciones, escritas en versos propios para ser cantados. Dióseles en Roma el nombre de *líricas*, porque en Grecia donde se inventaron, se cantaban al *son de la lira*, que tocaban los autores mismos de las palabras. Al son de la lira domesticó salvajes Orfeo, levantó Anfió los muros de una ciudad, y se obraron otros prodigios, que no porque la mitología los rodease de accesorios fantásticos, prueban menos el poder que la música y la poesía ejercieron sobre las primeras reuniones de hombres, de que hacen mencion la historia y las tradiciones de los pueblos. El poeta músico anunció en cantos, acompañados de su *lira*, cuanto convenia al bien de las sociedades nacies, proclamó el poder y los beneficios de los dioses, instituyó las prácticas religiosas, escitó el entusiasmo de la virtud, provocó el sentimiento del patriotismo, hizo las delicias de los festines, y fue el objeto de los homenajes de los pueblos, y hasta del respeto de los reyes; y la *poesía lírica*, grave por la naturaleza de los objetos que trataba, y encantadora por las formas con que los revestia, ejerció una influencia mas poderosa, que la que mas tarde llegó á adquirir la elocuencia misma. Andando el tiempo, hubieron de variar los medios de civilizacion, y ya no se cantaron las composiciones líricas sino en los templos de los dioses, ó en los espectáculos establecidos para promover el desarrollo de las facultades del cuerpo ó del espíritu, ó en los banquetes destinados á celebrar los placeres del vino y del amor. Mas adelante no fueron ya los autores los que cantaron sus propias composiciones, sino músicos que sobresalian en el manejo de los instrumentos enton-

ces conocidos; y en breve se limitó tambien, y casi se olvidó este uso, disminuyéndose por ello, y llegando casi á desaparecer, la influencia de la *poesía lírica* en las costumbres. Tal era el estado de aquella profesion, antes elevada y sublime, cuando Horacio, introduciendo en la *poesía latina* el ritmo y las cadencias griegas, las naturalizó en Italia, y creó la *oda latina*, que no debió llamarse ya *poesía lírica*, puesto que no se cantaba, ni la acompañaba por consiguiente la *lira* sino en pocas y determinadas fiestas. El corte mismo de las estrofas de las odas de Horacio, revelaria, á falta de otras pruebas, que él no las componia para que fuesen cantadas, pues muchas veces, al fin de un cuarteto, donde debia necesariamente hacer el canto un reposo, deja el poeta suspensa ó pendiente la idea, que continúa en la estrofa siguiente.

Pero si por la diferencia de las costumbres no podía la *oda latina* obrar en Roma los prodigios que habian obrado en Grecia los cantos *líricos*, no por eso fue menor la gloria que alcanzó Horacio, por las cualidades de los que él compuso, y de que ya hablé en la noticia de su vida. En mis notas procuraré demostrar que en la idea que allí dí de aquellas composiciones, nada hay de parcial ni de exagerado.

Esto en cuanto á las odas de Horacio en general. En cuanto á la primera de este libro, no es á la verdad la mas gallarda de las suyas. Pero si la enumeracion que en ella hace el poeta de las diferentes ocupaciones que fijan y dividen las inclinaciones de los hombres, no brilla por la profusion de los adornos, llama no obstante la atencion por un colorido poético muy agradable, por la gracia de la versificacion, por la propiedad de las voces, y por la sencillez y exactitud de las construcciones. Este último no es por lo comun el mérito de Horacio.

Deseando hacer conocer á mis lectores el modo con que se traducia á este poeta en el siglo de oro de nuestra literatura, insertaré aqui la traduccion que de esta pieza hizo el maestro Fr. Luis de Leon, como una de las mejores que de él tenemos. Pareceria mala fé citar otras en

que el docto religioso quedó mas inferior aun á su original.

Ilustre decendiente

De Reyes, ó mi dulce y grande amparo,

Mecenas, verás gente

A quien el polvoroso Olimpo es caro;

Y la señal cercada

De la rueda que vuela y no tocada,

Y la noble victoria

Los pone con los dioses soberanos.

Otro tiene por gloria

Seguir del vulgo los favores vanos,

Y otro si recoge

Cuanto en las eras de Africa se coge.

Aquel que en la labranza

Sosiega de las tierras que ha heredado,

Aunque en otra balanza

Le pongas del Rey Atalo el estado,

Del mar Mirtoo dudoso

No será navegante temeroso.

El miedo mientras dura

Del fiero vendaval al mercadante,

Alaba la segura

Vivienda del aldea; y al instante,

Como no sabe hacerse

Al ser pobre, en la mar torna á meterse.

Habrà tambien alguno

Que ni el banquete pierda ni el buen dia,

Que hurta al importuno

Negocio el cuerpo, y dáse al alegría,

Ya só el árbol florido,

Ya junto nace á dó el agua tendido.

Los escuadrones ama

Y el son del atambor el que es guerrero,

Y á la trompa que llama

Al fiero acometer, mueve el primero;

La batalla le place,

Que á las que madres son tanto desplace.

El que la caza sigue

Al hielo está de sí mismo olvidado,

Si el perro fiel prosigue

Tras del medroso ciervo, ó si ha dejado

La red despedazada

El jabalí cerdoso en la parada.

La yedra, premio dino

De la cabeza docta, á mí me lleva

En pos su bien divino:

El bosque fresco, la repuesta cueva,

Las Ninfas, sus danzares

Me alejan de la gente y sus cantares.

Euterpe no me niegue

El soplo de su flauta, y Polihimnia

La cítara me entregue

De Lesbo, que si á tu juicio es dina

De entrar en este cuento

Mi voz, en las estrellas haré asiento.

Poco despues del maestro Leon, hizo otra traduccion, muy inferior á la suya, el licenciado Bartolomé Martinez. Héla aqui.

Mecenas, descendiente

De real tronco, generosa rama,

Amparo firme y honra dulce mia;

Cual hay que busca y ama

En la contienda Olímpica á porfia

Correr en carro ardiente,

Y juzga por divina y dulce gloria

Ganar la noble palma de vitoria.

El otro que ha alcanzado

Del inconstante vulgo los favores,

Y los cargos sublimes que pretende:

El otro, que ha encerrado

En sus graneros propios los mejores

Frutos, que Libia estiende

En su benigno gremio y fértil suelo,

Cuando mas colma la cosecha el cielo;

A cada cual, que tanto  
 Se agrada del oficio que escogiera,  
 No apartarás de su afición un punto,  
 Aunque le ofrezcas cuanto  
 El Rey Atalo tuvo, porque quiera  
 Ser navegante receloso, y junto  
 Sulcar el mar con vaso fuerte, ó nave  
 De Chipre, que es madera menos grave.

El mercader temiendo  
 Al áfrico furioso (que luchando  
 Con las Iearias olas mueve guerra)  
 Con ansia está loando  
 El sosegado alvergo de su tierra;  
 Mas torna rehaciendo  
 Los cascados navios, no enseñado  
 A estar en la pobreza sosegado.

Hay otro, que tendido  
 Debajo de los árboles amenos,  
 O ya do nace alguna dulce fuente,  
 De Másico escogido  
 Se huelga de agotar los vasos llenos,  
 Y con deseo ardiente,  
 Del usado egercicio y tiempo justo  
 Hurtar gran parte por seguir su gusto.

A muchos les contenta  
 La vida militar, y el fiero estruendo  
 De la trompeta ronca, que mezclado  
 Con el clarín se aumenta,  
 Y el bélico furor, y aquel horrendo  
 Egercicio de Marte ensangrentado,  
 A quien maldicen vírgenes y madres,  
 Donde unas pierden hijos y otras padres.

El cazador olvida  
 De la tierna muger el blando lecho,  
 Quedándose la noche al aire frío,  
 O fué la corza olida  
 De los sagaces perros, que en acecho  
 Cercan el valle, el monte, el soto y río,  
 O ya de Marsia el jabalí mestizo

Rompió las redes de cordel rollizo.  
 A mi la verde yedra,  
 Gloriosos premios de las doctas frentes,  
 Me dan un ser divino y soberano,  
 Y aquesto mas me arredra,  
 Del confuso bullicio y vulgo vano,  
 El bosque umbroso y plantas diferentes,  
 Y de las Ninfas el liviano coro,  
 Que en bellas perlas cierne plata y oro.

Y si mi dulce musa,  
 Euterpe sus favores no me niega,  
 Y de templarme el Lesbico instrumento  
 Polymnia no rehusa,  
 Y á mi voz su calor divino llega,  
 Y tu me dieres el glorioso asiento  
 Entre poetas líricos, de un vuelo  
 Llegará mi cabeza hasta el cielo.

Esta algaravia se llamaba en el siglo XVI traducción, y no traducción ordinaria ó vulgar, sino tal, que de ella y de otras de su especie, de que iré sucesivamente insertando muestras, decía, al empezar el siglo siguiente, Pedro Espinosa, «son tan felices, que se aventajan á sí mismas en su lengua latina.»

No hubo de creerlo así el najerano D. Esteban Manuel de Villegas, pues que poco despues emprendió de nuevo el mismo trabajo. Pongo aqui la primera de las que tradujo, para dar una idea del modo con que aquel poeta tan tierno y tan célebre espresaba los pensamientos de Horacio. Las demas del primer libro, que tambien tradujo, así como una ú otra de los siguientes, no tienen mas mérito que esta. Algunas tienen muchísimo menos.

Ilustre descendiente  
 De abuelos generosos y reales,  
 O tú, que fuiste amparo y honra mia;  
 Cual hallarás que quiera,  
 Siguiendo sus pasiones naturales,  
 Coger en carro ardiente

El polvo de la Olímpica porfia,  
 A quien la limitada  
 Señal de la carrera,  
 A la rueda vecina y no tocada,  
 Y la famosa rama  
 De la palma inmortal, feliz victoria,  
 Le levanta á los dioses soberanos,  
 Señores de la tierra.  
 Otro veras que tiene ya por gloria,  
 Con que apoya su fama,  
 Seguir del vulgo los favores vanos,  
 Y en este sordo empleo  
 El mismo se hace guerra,  
 Con cuidado, con ansia y con deseo.  
 Otro, que ya colmado  
 Tiene el granero de la mies dorada,  
 Que en sus eras estiende el africano,  
 Gusta notablemente  
 Cavar el campo con robusta azada,  
 De su padre heredado:  
 Y al uno y otro si les das (es llano)  
 Del Rey Atalo el oro,  
 Porque el mar surque herviente,  
 Dejará del Rey Atalo el tesoro.  
 El mercader medroso,  
 Viendo luchar el ábrego valiente  
 Con el cristal azul del mar Icario,  
 Alaba el patrio techo,  
 Y el fértil campo; y luego en consiguiente,  
 Recogido al reposo,  
 Cansado de tenerle de ordinario,  
 Los vasos adereza,  
 Y al mar vuelve derecho,  
 Que está mal enseñado en la pobreza.  
 Hay otro que procura  
 Darse al regalo con el sacro vino,  
 Que las viñas de Másico producen;  
 Ni desprecia del día  
 Hurtarle un rato al pleito mas contino,

Ya puesto á la frescura  
 De los árboles verdes que le inducen,  
 Ya de la dulce fuente  
 Escucha la armonia,  
 Que entre las guijas forma su corriente.  
 ¿A cuántos hay que agrada  
 Las tiendas y aparatos de milicia,  
 Y el rumor de la trompa acompañado  
 Con el clarin sonoro?  
 ¿Y juntamente aquel furor envicia  
 De la sangrienta espada,  
 En bullicio feroz y en campo armado,  
 De quien hijas y madres  
 Abominan con lloro,  
 Porque unas pierden hijos y otras padres?  
 El cazador que ha dado  
 Al verde bosque todo su egercicio,  
 De la tierna muger el lecho deja,  
 Y al campo se retira,  
 O ya porque del ciervo le da indicio  
 El despierto cuidado  
 De los sagaces perros que le aqueja;  
 O ya porque deshizo  
 El jabalí con ira  
 Los fuertes lazos del cordel rollizo.  
 A mi la verde yedra,  
 Premio glorioso de las doctas sienas,  
 Al cielo con los dioses me levanta;  
 Y tambien me retira  
 Del vulgo popular y sus vaivenes,  
 Dó la virtud no medra,  
 El bosque lleno de una y otra planta:  
 Y los coros livianos,  
 Cuando el viento respira,  
 De las ninfas y sátiros silvanos.  
 Pero si no meniega  
 Tocar Euterpe, dulce musa mia,  
 La chirimía que se esparce al viento,  
 Ni Polimnia rehusa